

República de los Lobos

Antología del cuento mexicano reciente

Selección y prólogo de José Manuel García Gil

C colección
CALEMBÉ



algaida



La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, y se publica en coedición con Algaida Editores.

Director de la colección: José Manuel García Gil

© del prólogo y de la selección: José Manuel García Gil, 2015

© de los textos: sus autores, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-261-7

Depósito legal: SE. 646-2015

Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Prólogo

JOSÉ MANUEL GARCÍA GIL

*En la República de los Lobos
nos enseñaron a aullar.*

*Pero nadie sabe
si nuestro aullido es amenaza, queja,
una forma de música incomprensible
para quien no sea lobo;
un desafío, una oración, un discurso*

o un monólogo solipista.

JOSÉ EMILIO PACHECO

MÉXICO ES UN PAÍS ARREBATADOR Y FASCINANTE. UNO de los más excéntricos de este mundo. Un país donde los grandes festejos se parecen demasiado a las grandes revueltas, los dolores reales a los dolores imaginarios. Le sobran argumentos para ser un lugar donde toda ficción es todavía posible. O, como diría Juan Villoro, «esa indescifrable realidad que por convención llamamos México», resulta siempre un terreno abonado para la alucinación y el ensueño. Y la literatura tiene mucho que ver con la alucinación y el ensueño.

Que México sea un país contradictorio, arrebatador y fascinante hace que, inevitablemente, también lo sea su literatura. Una literatura deslumbradora y sugerente que forma parte de mi educación sentimental y literaria. Si levanto la vista hacia mi biblioteca, veo en vertical los nombres de Juan Rulfo, Inés Arredondo, Carlos Fuentes, Gilberto Owen o José Emilio Pacheco, entre tantos otros. Pero también, y en horizontal porque ya casi no tengo espacio, los de Mario Bellatín, Guillermo Fadanelli, Juan Villoro, Fabio Morabito, Álvaro

Enrigne o Yuri Herrera. Algunos de los autores a los que leo y creo son mexicanos y son parte indisoluble de mi formación lectora y de mi pasión por las letras.

En *Instrucciones para vivir en México*, el escritor Jorge Ibarguengoitia pergeñó el mejor manual de supervivencia —recuerda Villoro— que podría tener un país plagado de claroscuros. El libro recoge una selección de las columnas que el cronista y novelista publicaba dos veces a la semana y escribía a toda prisa el lunes para confirmar que tenía el mejor trabajo del mundo: de martes a domingo estaba libre. Armado de un excepcional sentido del humor, se adentraba en la misteriosa idiosincrasia mexicana. En una de esas columnas dejó escrito este pensamiento: «Creo que la culminación de la hospitalidad mexicana es la sustitución de la frase “mi casa”, por la de “la casa de usted”». Uso esa expresión, «la casa de usted», en un contexto que nada tiene que ver con el divertido caos que en aquel texto se propagaba, sino como una invitación amigable a vosotros, lectores, para que entréis en la casa del cuento mexicano actual. Que es la vuestra, puesto que esa casa es también, lógicamente, la del español que se escribe en México. Pero, antes de entrar, no estarían de más algunas indicaciones previas —que el lector puede saltarse sin el menor reparo— para que la experiencia vaya acompañada de cierta información —beneficiosa, creo— sobre este libro y los pormenores de su elaboración.

UNA

Una antología es, en esencia, una opinión. Ni el mismísimo Borges, que insistía en que las mejores selecciones las hace el tiempo, podría explicarnos cuánto dura la posteridad, es decir, hasta cuándo lo que hoy alabamos como literatura y proponemos a través de antologías de este tipo ofrecerá en el futuro signos de perdurabilidad suficientes como para seguir considerándose como tal dentro de un siglo, qué autores de esta

selección habrán sedimentado y cuáles quedarán fuera de esta literatura mexicana de principios del siglo XXI cuando sea vista con ojos nuevos en las postrimerías del mismo siglo. También una antología, como toda obra y todo autor, se encuentra a disposición del azar y sus caprichos.

Aplastada o aliviada por esa premisa, esta antología pretende acaso ser una mirada desde el otro lado. Una antología mexicana elaborada por un escritor español al margen de las luchas de poder que se generan en esta clase de experimentos y de las que quien esto escribe, mejor o peor, es absolutamente ajeno. Si una antología es, en ocasiones, sobre el terreno, un ejercicio de selección y exclusión producto de la enemistad o de las viejas rencillas de familia, en el sentido siciliano del término, en mi caso, he de decir que la tarea ha sido fácil. Este antólogo no se ha visto presionado por sicario alguno y es el único responsable tanto de las apariciones como de las desapariciones de escritores. Algunos porque no he alcanzado a conocer su literatura y otros porque, aunque invitados, no llegué a seducirlos lo suficiente para que me remitieran sus textos.

Para su elaboración, me he adscrito a un método tradicional: no es ni temática, ni generacional, ni es una antología agotadora de esas que suelen abarcar un siglo o más, reiterativa de autores y cuentos. El criterio no deja de ser cronológico, pues todos los autores seleccionados nacen en una década, entre 1974 y 1984, el año significativamente de la novela de Orwell y de la muerte de Julio Cortázar. Casi todos ellos comenzaron a publicar ya comenzado el siglo XXI. Todos han publicado relatos, pero muy pocos han sido antologados como cuentistas en España.

He dejado fuera por motivos cronológicos a magníficos escritores: Alberto Chimal, Yuri Herrera, David Miklos, Pablo Raphael, Martín Solares o Alain Paul Mallard, nacidos en 1970; Julián Herbert y Fernando de León en 1971; y José Israel Carranza, Vivian Abenshushan y Jorge Harmodio en 1972; y Guadalupe Nettel, 1973. Y, por motivos ajenos a mi voluntad,

a autores como Emiliano Monge (ciudad de México, 1978); Heriberto Yépez (Tijuana, 1974) o Valeria Luiselli (ciudad de México, 1983), que están entre lo más interesante que ha producido la narrativa mexicana en años recientes.

Otras voces no incluidas, pero igualmente estimables, que pueden los lectores rastrear por aquello de ampliar conocimientos son: Gabriela Jáuregui (ciudad de México, 1979); René López Villamar (ciudad de México, 1979); Guillermo Núñez Jáuregui (ciudad de México, 1982); Fernanda Melchor (Veracruz, 1982); Mauricio Salvador (ciudad de México, 1979); Brenda Lozano (ciudad de México, 1981); Eduardo Montagner (Chipilo, 1975); Daniela Tarazona (ciudad de México, 1975) o Tryno Maldonado (Zacatecas, 1977).

La no inclusión de estos escritores no deriva, por tanto, de un intento personal de establecer un censo. El propósito ha sido componer, en medio del vasto y complejo panorama que ofrece la narrativa mexicana reciente, una selección de relatos escogidos, según mi personal criterio, del grupo de escritores emergentes mexicanos a los que he tenido acceso. Ni estos cuentos son una refutación, ni tengo la necesidad de llegar a profeta, sino que con un mero ademán estético ofrezco a los lectores una recopilación de textos que me gustan y me parece que tienen suficiente peso.

DOS

En esta época la idea de la patria mexicana anda, como en gran parte del mundo, secuestrada y corrompida por los políticos y los poderes fácticos, no inspira amor ni lealtad en estos escritores. Pero la idea de México debe ser entendida de un modo mucho más hondo. Además de la patria y del territorio, debe considerarse también la noción de continuidad social, las múltiples coincidencias en el pensamiento de quienes se llaman «mexicanos». Y en eso todos se parecen bastan-

te más de lo que les gusta admitir. A esta idea de México, que esboza el escritor Alberto Chimal, hay que añadir el concepto de continuidad histórica, que se compone de lo que recordamos pero también de lo que sucede: lo que se hace y con el tiempo acaba formando parte de lo que llamamos el pasado, o la historia. Pero se trata de una historia personal y fragmentada, hecha a base de retazos, sentimentales o no, en clave de clan y no vinculada a los símbolos y a la historia oficial. Porque es esa idea de patria, la que les parece irrelevante o hasta repelente. Una idea de patria que ofrece motivos para rebelarse. Pero estos cuentos están escritos en un contexto particular: en un momento preciso de la historia del territorio, de los pensamientos y de los actos que llamamos habitualmente «México». Por todas esas razones son cuentos mexicanos: el entorno que les dio origen determina su forma particular y poderosa de hablar de la distancia, al parecer insalvable, entre los ideales y la realidad. Todo lo que hacemos lleva la impronta de donde estamos. Por tanto, esta narrativa y quienes la fabrican son parte, lo deseen o no, de una idea de México que puede alejarse más de la idea, pero menos del México en el que aprendieron un modo de ser y de estar. Quienes dicen que no tienen que ver con esto, que podrían desgajarse de la violencia, del territorio, del pensamiento y de una identidad mexicana a pesar de que se formaron en ella, se equivocan. Lo llevan consigo allí donde van. Y no pueden escapar de lo mexicano que les formó: «Tenemos —como avisa Chimal— que dejar que nos aplaste, o bien transformarlo, en nosotros o en lo que legaremos de él a quienes vendrán».

La prueba de ello es que hay en algunos de estos escritores y escritoras un regreso a México como tema, aunque sea visto con mucho recelo y siempre con cierta distancia, desde fuera, desde otros países o desde otras tradiciones, a veces con nostalgia y a veces con una ironía despiadada.

TRES

Todos estos escritores, cada uno a su manera, por supuesto, han comprendido que habitan una época de saturación mediática y hacen lo que tienen que hacer para trasladar su literatura a estos nuevos soportes con los que viven y trabajan. Así, publican en blogs sus textos, noticias y ocurrencias, participan en las redes sociales, se comunican entre ellos, están siempre en contacto, tuitean religiosamente. Les interesa el Kindle y el iPad. De terrícolas han pasado a «cibernícolas», pero con las dudas y los deseos de siempre.

A la gran mayoría de ellos, si no tienen sus teléfonos, es fácil localizarlos en Facebook o Twitter, y si uno revisa sus notas biobibliográficas encuentra que casi todos han estado becados al menos una vez (casi siempre por el Sistema de Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes), una parte ha tenido dos becas y alguno ha contado con hasta tres becas combinadas de instituciones estatales y privadas del país, más alguna extranjera. Esta es una generación mimada por el Estado y sobreprotegida por sus instituciones culturales. Su obra ha sido aprobada, financiada, promovida y muchas veces también editada por la misma Administración protectora y filantrópica contra la que idealizan un amotinamiento.

La mayoría publica en diarios y suplementos, en una revista tan influyente como *Letras Libres* pero también en otras importantes (*Punto de Partida, Luvina, Nexos, Cuaderno Salmón, Los Papeles de la Mancuspia, Replicante, Tierra Adentro, La Cabeza del Moro, Clarimonda, Escooltura, Ficticia...*) que son para muchos su medio habitual de publicación de cuentos, reseñas y otros textos.

Además, las editoriales les han abierto espacios a sus cuentos. El Fondo Editorial Tierra Adentro, por ejemplo, tiene la más cuantiosa lista de autores mexicanos emergentes. Pero hay otras, como Sexto Piso y Almadía, que igualmente se encuentran en una constante búsqueda de nuevas voces. Gracias

a todo ello, están en el mercado y presentan sus libros, participan en mesas redondas y talleres de discusión literaria, asisten a las ferias del libro y mantienen presencia constante en sus blogs.

Poco rebeldes o contestatarios, desencantados con razón de su país, desinteresados de la política, desilusionados y nihilistas, reproducen en sus escritos esa apatía, ese desencanto, pero además ese es el tipo de literatura que consumen. Estos jóvenes ofrecen en su obra un testimonio de la crisis y del desengaño vividos que es su respuesta literaria a este México a medio camino entre el naufragio y la deriva.

Forman parte de un complejo mecanismo en el que ese extrañamiento parece ser una constante en la narrativa de este grupo, extrañado, para empezar, de sí mismo, y a riesgo de perder el eslabón de la comunicación con sus predecesores y aumentar dicho extrañamiento. Porque si antes los escritores querían, como Crono, «matar al padre» para forjar y consolidar su identidad y poder abrirse camino, ahora ni se les pasa por la cabeza. Simplemente, ignoran a sus antecesores.

CUATRO

Una de las formas más seguras de aburrirse es ponerse a teorizar sobre el cuento. Su carácter huidizo e indefinible como género literario impide que nos detengamos en una iniciativa que está abocada al fracaso. Los cuentos son organismos impredecibles y siempre, bajo el supuesto orden impuesto por un número limitado de páginas, susceptibles de infinitas variaciones y sorpresas. Estos cuentos son prueba de ello.

Pero ¿qué y cómo escriben los autores nacidos a partir de 1974? Si en la narrativa mexicana nueva no hay la renovación formal que presuntamente experimenta hoy, por ejemplo, la española o la argentina, sí hay, en cambio, un ávido deseo de nuevos paisajes y temáticas.

Escriben desde supuestos individuales, ajenos incluso a la chata y muy en boga tendencia que quiere ver en «lo nor-teño», por ejemplo, un estilo común y no más bien un paisaje compartido que cada escritor aborda de un modo distinto. Es cierto que hay textos que muestran la cotidianidad de tanta agresividad y violencia en el país, pero otros nos hablan de una cultura, mutante, fruto de migraciones, de encuentros y desencuentros, de experiencias vitales y de relaciones de pareja donde los protagonistas se sienten perplejos, complicados y un poco culpables. Sus preocupaciones son la tristeza, la soledad, la imposibilidad de establecer contacto con el otro. Se ocupan y preocupan, en definitiva, de retratar la condición humana, el gran tema de la literatura, aunque en ocasiones olvidemos que de eso se trata.

Celebrado ese multicolor paisaje temático, el tronco central sigue siendo la narrativa realista —aunque hay también elementos fantásticos—, narrativas más bien despojadas, poéticas, ingravidas, con una fuerte influencia estética del cine o de la música popular por delante de cierta literatura. Una baraja amplia, en definitiva, de influencias y una estimable capacidad para el saqueo de cuantas tradiciones aporten algo a su escritura.

Realizan además un trabajo exigente con el lenguaje y prestan una atención especial a la estructura, lo que desemboca en una manera de escribir que genera muchas posibilidades de lectura. Hay escritores que arriesgan más en lo formal y lo estructural, y otros que se aferran a una idea más tradicional, pero hay, en estos cuentistas, una mirada exigente y moderna sobre el texto literario. Y todos ellos, también, como señala Daniel Saldaña París, se dedican a narrar una realidad que sólo por simplificación exagerada y por afán de quererla indivisible convenimos en llamar México.

CINCO

Para referirnos al momento actual, la nomenclatura es difusa. Es lógico, ya que este último grupo de escritores no puede ser percibido con nitidez como tal pues sus logros literarios, si los hubiere, deberán producirse en un futuro más o menos cercano. En esta confusión han sido etiquetados como miembros de la no-generación o la generación negada (sus mismos integrantes se niegan a serlo), la de la crisis (han conocido únicamente los tiempos de una prolongada deriva), la huérfana (sin patriarca literario, lejana incluso del *postboom* y del Crack, sin guía capaz ni ruta trazada), la inexistente (por encontrarse en pleno proceso de maduración artística y carecer de obra definitiva) o la Atari (por su vinculación con los videojuegos y los ordenadores personales). Todos estos términos no son sino trampas para neófitos. Agruparlos por motivos ajenos a su voluntad —cronológicos, políticos, incluso estéticos— en el término «generación» es discutible. La literatura en Latinoamérica cambió después del neoliberalismo y una de sus expresiones es que los escritores que crecieron bajo ese ámbito ideológico niegan constituir una escuela o tendencia. Se acabaron las corrientes y lo que hay es un abanico muy amplio de estéticas de escritura en donde los autores se van acomodando de uno en uno. «Lo curioso —declaraba Pablo Raphael— es que todos tenemos en común que decimos que no tenemos nada en común». O como ironizaba Antonio Ortuño, «la palabra generación me hace recordar un chiste de Jardiel Poncela: “es la manera de que se ahoguen juntos los que se iban a ahogar por separado. Y yo aspiro, en todo caso, a ahogarme solo”».

En otro sentido, para Daniel Espartaco, esta generación se diluye en la anterior y en la que le sigue, y es transitoria. Reproduce de una manera más agresiva la ideología liberal de la generación anterior, que es la del Crack. Y a diferencia de ella, señala el profesor González Boixo, da un paso más: ya

no tiene necesidad de forzar su narrativa excluyendo de manera consciente el espacio mexicano, porque ha asumido que no tiene obligación de realizar una literatura *nacional*. México aparece como una más de las localizaciones de las historias, sin que interese como tema de reflexión. Esta actitud no parte de una falta de conciencia social sino, más bien, de la comprobación de la quiebra de la sociedad mexicana actual.

SEIS

Algunas iniciativas editoriales nos han proporcionado en los últimos años una serie de antologías que pretenden mostrar la existencia de una nueva generación de narradores mexicanos. El conjunto de autores antologados es amplio y poco fiable, pero algunos empiezan a tener una obra literaria de cierta entidad. Entre las más recientes y significativas se encuentran: *Nuevas voces de la narrativa mexicana* (2003), con veintidós autores de multitud de tendencias, nacidos a partir de 1968 o *Novísimos cuentos de la República Mexicana* (2004 y 2008) con treinta y dos autores representativos de cada estado y el D.F. Algún intento ha habido, sin embargo, por describir de manera coral la narrativa mexicana reciente; por ejemplo: *Grandes hits. Vol. 1: Nueva generación de narradores mexicanos* (2008), en donde Tryno Maldonado tuvo la osadía, en principio loable, de trazar una suerte de carta astral generacional seleccionando a diecinueve narradores con cierta notoriedad. Las últimas han sido: *Un nuevo modo. Antología de narrativa mexicana actual* (UNAM, 2012) con selección y prólogo de Daniel Saldaña París, que reúne a diez autores nacidos entre 1970 y 1984, y *10 narradoras (1980-1983)* en la revista *Punto de partida* (nº 184, marzo-abril, 2014) que recoge a las escritoras Ave Barrera, Daniela Bojórquez Vértiz, Claudia Reina, Brenda Lozano, Úrsula Fuentesberain, Gabriela Torres Olivares, Laura Zúñiga Orta, Mariel Iribe, Laia Jufresa y Valeria Luiselli.

En España, las últimas tendencias en la narrativa mexicana han recibido poca atención, salvo el *dossier* que publicó la revista *Quimera* con el título «Literatura mexicana, el relevo» (n° 287, octubre de 2007) en donde el cuento apenas se cita. Es cierto que algunos de los antologados han desembarcado con libros que han tenido una excelente recepción crítica como Antonio Ortuño, Carlos Velázquez o, recientemente, Nicolás Cabral.

SIETE

Después de todo lo dicho, debe quedar claro que no pretendo mostrarles el panorama narrativo mexicano desde un punto de vista generacional, porque no se puede hablar de una generación en sentido literario, ni de un proyecto literario común, más allá de que muchos sean amigos en Facebook, y de que aun distanciados, compartan espacios comunes en la red o coincidan en lo diverso de sus lecturas o renieguen de la tradición mexicana en general. Alguno ha dicho que lo que más les unía eran las cervezas que se tomaban cada vez que algunos de ellos y ellas se veían.

Curiosamente, la salud de la narrativa mexicana suele ponerse en duda desde distintos ángulos. Por una parte, se le reprocha su falta de arrojo, su domesticidad, su sumisión a convenciones de género y a lenguajes prefabricados. Por otra parte, está la inevitable comparación con lo que se escribe en otras latitudes: España y Argentina, sobre todo. La lista elaborada en 2010 por la versión en español de la revista *Granta*, «Los mejores narradores jóvenes en español», de ánimo más bien comercial, parecía apuntalar ese diagnóstico. Con un solo mexicano en su lista de veintidós narradores, Antonio Ortuño, subrayaba la mala salud de la otrora vitaminada narrativa mexicana. La polémica fue fugaz pero intensa, y dio lugar a que, entre cierta crítica literaria, corriera la idea de que la joven narrativa mexicana era de segunda división: conformista, limita-

da, simplona y sin arrojito ni rebeldía. Pero quien lo sostiene es una crítica significativamente inferior a la obra que critica. Entre los géneros, sólo al cuento se le exige y se le cobra por la perfección, porque nos propine un fuera de combate tras otro, porque se escriba con atino según inventivos decálogos. Según esto, cualquier aficionado se cree, según su particular interés, con el derecho de homologar sin la menor perspectiva lo que debe considerarse o no, actualmente, un buen cuento.

Pero parece que el enfermo comienza a recuperarse. Al igual que ocurrió en Bogotá 39, este año el Hay Festival se ha asociado con Conaculta y el British Council para escoger una lista de veinte narradores mexicanos (México 20) menores de cuarenta años para asistir a una Feria del Libro en Londres y hacer una antología bilingüe. De los antologados en este libro, la lista incluye a Nadia Villafuerte, Carlos Velázquez, Eduardo Ruiz Sosa, Laia Jufresa, Nicolás Cabral, Antonio Ortuño y Daniel Saldaña París.

Lo único que parece seguro es que la principal encrucijada para estos nuevos narradores antologados no está ya en el problema identitario de la literatura nacional ni en el viejo debate entre cosmopolitas y regionalistas, americanistas y europeizantes, civilización y barbarie. La encrucijada es la búsqueda de ese espacio de recepción al que aspira todo escritor en un muy limitado y restrictivo horizonte. En ese sentido, yo no puedo sino desearles mucha suerte en su porfía, añadir el grano de arena que esta antología supone, y agradecerles el empeño que están poniendo para que el futuro de la literatura latinoamericana no sea un eterno refrito de las maravillas del extinto García Márquez.

FIN

Hacer una antología es en su arranque y desarrollo (el desenlace ya es de uno solo) una tarea compartida. Hay un ejercicio de consulta previo al ejercicio crítico en el que el antólogo echa

mano finalmente de su propio criterio para organizar y ordenar. Pero en ese trabajo anterior quisiera agradecer la ayuda, prueba de la extrema y atractiva cortesía del mexicano, de los escritores Álvaro Enrígue, Yuri Herrera, Alberto Chimal o Antonio Ortuño.

Siempre vale la pena apostar por lo nuevo, por la fuerza del cambio, que emerge en estos narradores, en su dinámica procesal de ruptura, de indagación y agudeza. El cuento es el género de lo indeterminado. Su mutación, la forma incesante de su libertad han marcado también la elaboración de esta antología. No ha sido un intento por reunir lo mejor del relato mexicano actual porque no lo incluye todo y porque las antologías son inevitablemente subjetivas. No es una apuesta comercial ni editorial, ni la conclusión de un estudio acerca de una «nueva narrativa mexicana» que suponga una ruptura con las generaciones anteriores. He hecho este libro porque he tenido, gracias al Ayuntamiento de Cádiz y a su alcaldesa, Teófila Martínez, la oportunidad de hacerlo. Y no he aspirado a antologar lo más novedoso de México, ni lo más representativo, ni lo que se quedará, ni lo más conocido ni lo más desconocido del cuento de hoy en día. No han sido esas mis aspiraciones.

Un libro así es otra clase de apuesta imperfecta: por los autores pero sobre todo por el lector venidero, un cómplice dispuesto a bucear y, sobre todo, entender con plenitud el cúmulo de referencias de unas cuantas piezas que afirman la variedad de estilos y temas del cuento mexicano de ahora mismo y en los que veo madurez, ideas y la posibilidad del nada desdeñable placer. Y ha sido también para mí el descubrimiento de nuevos autores, de textos que no conocía y que han ido apareciendo sobre la mesa mientras trabajaba en esta antología. Esa irrepetible y emocionante sensación que subyace en todo hallazgo es la que deseo compartir a su vez con los lectores de este libro.

Finalmente, Cádiz siempre ha sido tierra de acogida y de generosa convivencia con Latinoamérica y con México, en

particular, las relaciones han sido siempre de abierta hospitalidad. En estas indicaciones empezaba hablándoles, precisamente, amigos lectores, a través del genio de Jorge Ibarguen-goitia, de dicha hospitalidad: que la casa del cuento mexicano reciente es también la casa de ustedes, su casa. Aprovechense pues: entren y no salgan de ella hasta que hayan disfrutado de todos sus aposentos.

Kyrie Eleison

LILIANA V. BLUM

Liliana V. Blum (Durango, 1974) vive en Tampico desde 1997. Estudió Literatura Comparada en la Universidad de Kansas y la maestría en Educación, con especialidad en Humanidades, en el ITESM. Fue becaria en Jóvenes Creadores y en Creación Artística por el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tamaulipas (FONECAT) y por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA) en la disciplina de cuento. Es autora de los libros *La maldición de Eva* (2002), *Vidas de catálogo* (2007), *¿En qué se nos fue toda la mañana?* (2007), *El libro perdido de Heinrich Böll* (2008), *No me pases de largo* (Premio Literal de cuento, 2013) y *Pandora* (2015). Su obra ha merecido diversas distinciones y ha sido incluida en varias antologías, entre ellas *Atrapadas en la madre* (2007) y *Usted está aquí* (2007). Su primera novela, *Residuos de Espanto*, ha sido mención honorífica en el Premio Nacional de Novela Breve 2013.

Every man is a Jew though he may not know it.

BERNARD MALAMUD

ETHEL ESTÁ PERDIDA EN LAS ENSOÑACIONES DE SU PRÓXIMO papel de abuela cuando la piedra cruza el cristal y anida como una granada dentro del *KuchenMeister* de amaretto, haciéndolo explotar. Ella escucha el estruendo y deja su tejido para esconderse detrás del mostrador, cubriéndose la cabeza con los brazos. Su corazón se ha brincado varios latidos y los tímpanos le palpitan por un largo rato. Teme estar sorda y permanece así durante unos minutos, mientras una gota de sudor frío baja por la línea de su espalda, hasta que sus oídos captan el ruido de un motor en la calle. Quisiera pensar en su esposo, pero sólo puede concentrarse en sí misma, en el terror que le constriñe cada una de sus arterias, en la presión del piso sobre sus rodillas adoloridas. Después todo es silencio.

Apoyada en sus manos, sintiendo que la cadera irá a quebrársele en cualquier momento, Ethel asoma la cabeza muy despacio para comprobar que no hay ningún asaltante armado dentro de la tienda, buscando matarla a ella y a su esposo, ni una muchedumbre con antorchas y tridentes para llevarlos ante algún inquisidor. Y sin embargo, Ethel tiene un miedo frío en su estómago, un miedo que no asusta, pero advierte. No es algo terrorífico: sólo la sensación de que algo no está bien. No parece haber ningún peligro, pero la ventana principal está rota por completo y deja pasar el calor del día a través del hueco. Hay vidrios por todas partes, arriba de todos los pasteles y dulces del aparador. La pared blanca está

salpicada con manchas de betún que comienza a derretirse; desde un platón de cerámica partido, una enorme piedra parece mirar a Ethel en silencio, como un animal peligroso y latente.

La sangre de papá también quedó en la pared cuando los nazis vinieron y él trató de resistirlos. Había salido del escondite en el que se encontraban para buscar agua, algo para comer, y para vaciar el cubo donde habían guardado los deshechos de toda la familia durante los últimos cuatro días. Ella miraba por una rendija de la pared falsa que abrigaba también a su madre, a la abuela y al hermano bebé. Para Ethel, de cuatro años, el tiempo no transcurría en ese pequeño espacio, en donde el poco aire que había olía a repollo agrio, igual que su nana, que cuando no dormía por horas, rezaba. Su padre, que sabía de armas, le hablaba de las que los alemanes usaban en la guerra, pero Caroline lo reprendía. La niña no tiene por qué saber esas cosas. Pero Ethel lo agradecía porque en realidad no había mucho que hacer en contra del aburrimiento, ya había contado cada una de las manchas del piso y el número de veces que la anciana dijo en voz muy baja: *No duerme ni dormita el guardián de Israel, el Señor es tu guardián; es la sombra protectora a tu derecha; de día, no te dañará el sol ni la luna de noche.*

Lo escuchó tantas veces, que varias décadas después, Ethel, ahora de la edad de la abuela en ese entonces, podía entonar sin equivocarse la misma inútil oración. Porque al final de cuentas, el guardián de Israel se había dormido permitiendo que aquel nazi golpeará la cabeza de su padre con la culata de su Sturmgewehr hasta destrozársela.

Ethel estuvo a punto de lanzar un grito en el momento en que vio, a través de la pequeña rendija, los pedazos de sangre y cerebro volar hasta la pared, pero Caroline, su madre, le tapó con fuerza la boca. El bebé, que se había quedado dormido mientras lo amamantaban, despertó por el movimiento de su madre y ella lo apretó contra su pecho con firmeza,

quizá sin pensarlo, o tal vez queriendo salvarlos a todos. Cuando los pasos de las botas dejaron de escucharse sobre la madera y las voces se volvieron lejanas, el cuerpo de su padre yacía sobre el piso, junto a dos pedazos de pan duro que ya habían absorbido gran parte de la sangre. Su hermanito no volvió a despertar, aunque Ethel le hizo cosquillas. Lo abrazó y tuvo conciencia de que algo faltaba debajo de la piel. El aire se estaba haciendo muy delgado: Ethel no podía respirar. Aunque tenían mucha hambre, no se atrevieron a probar los panes.

Ethel se pone de pie y contempla en silencio los daños. Afuera, la calle está casi vacía bajo los rayos del sol de las tres de la tarde. En su tierra y en estas fechas, todo sería nieve, castañas asadas, abrigos, chimeneas y un poco de licor en el café para calentarse el espíritu. Aquí, en cambio, había que conformarse con dos estaciones: calor y lluvia, o calor y sequía. Pero el mundo no es perfecto. Poder vivir en paz, trabajar, atender su negocio sin el miedo de un pogromo, bien valía toda su añoranza por los inviernos blancos.

La señora de la florería, al otro lado de la calle, está cerrando la cortina de metal, aunque su horario corre hasta las ocho de la noche. Manolo, el del kiosco de periódicos de la esquina, finge no ver hacia la pastelería de los Salzman y mete la nariz entre la revista de vaqueros que tiene en las manos. Una pareja cruza de largo con pasos rápidos, los ojos de ambos clavados en la acera. Sólo un perro viejo, que jadea de calor bajo una sombra, le sostiene la mirada.

Su tienda, la única que tiene buena pintura y una acera limpia gracias a que Roberto repinta la fachada cada dos años y ella barre metódicamente la calle cada mañana. Su tienda, la más próspera, porque los Salzman ofrecen las mejores galletas *gourmet* de la ciudad y el más fino pastel estilo alemán, por precios bastante razonables. Pagaban sus impuestos, eran parte activa de la asociación de comerciantes. ¿Dónde estaban

pues los vecinos para ofrecer su ayuda, para compartir la consternación? Ethel se exprime las manos como si fueran un trapo mojado y siente que las piernas le tiemblan. Esto no puede estar sucediendo. No aquí con el Atlántico de por medio, no después de sesenta y tantos años.

Al menos estamos bien. Nosotros.

Es la voz de Roberto, en su delantal y con guantes de látex cubiertos de chocolate. Mientras Ethel se encarga de la tienda y de las tres mesas de la pequeña área de café, Roberto fabrica en la parte de atrás los chocolates y los pasteles. Hasta hace unos momentos, Ethel, a falta de clientes, tejía una colcha de colores para su nieto en camino y Roberto preparaba varias charolas de tortugas de chocolate. Pero ahora había pedazos de vidrio en la colchita, el estambre yacía tirado en el piso, las agujas fuera de los puntos, y allá atrás, las tortugas estaban también arruinadas porque, con el ruido, Roberto había vertido todo el caramelo arriba de las charolas. No había salido antes porque trató de salvar el mayor número de tortugas, que al final resultó ser ninguna. Ni siquiera las patas de nuez se pudieron rescatar.

Supongo que siempre puede ser peor, dice Ethel con un acento optimista. Si Roberto iba a tomar el papel de la víctima temerosa, Ethel tendría que ser la fuerte, la pragmática. No podían darse el lujo de volcarse los dos juntos en la desesperanza.

Siempre.

Ethel quisiera creer que podría haber sido un accidente, pero la enorme piedra arriba de la charola del pastel desecho tiene toda la solidez del libre albedrío. Roberto tose un par de veces, se acomoda los anteojos y regresa a limpiar su área de trabajo y a contabilizar las pérdidas. Camina arrastrando los pies, los brazos lánguidos y pegados a su cuerpo. Si lo más natural del mundo luego de un cristalazo fuera entregarse a la limpieza y a la resignación, Roberto sería un tipo muy normal. No dejó escapar ni siquiera un te-lo-dije-Ethel. Eso al

menos suscitaría una pequeña discusión, se distraerían por algunos minutos y tal vez cuando terminaran de pelear, se darían cuenta de que nada de eso había sucedido.

Ella lo mira desde atrás, con su calva brillante, salvo dos lunas de cabello blanco arriba de las orejas y el trasero huesudo tras los pliegues del pantalón, que ya le viene demasiado grande. Junto con el cabello perdió también el humor, la guapura, la paciencia y la salud. ¿En qué momento había envejecido tanto?

A Ethel su marido le parece mucho más acabado que esa mañana, cuando lo vio sonreír atrás del periódico, con dos piezas de pan integral cubriendo una rebanada de jamón de pavo y queso en la mano. Había tratado de conversar con ella sobre el discurso del presidente del veinticuatro de diciembre pasado¹. Es alarmante, había dicho Roberto y leyó en voz alta, mientras Ethel, que no tiene problemas con el colesterol, freía un par de huevos con tocino en la sartén.

El mundo es de todos, pero algunas minorías, los descendientes de aquellos que crucificaron a Cristo, se adueñaron de las riquezas del mundo.

¿Puedes creer a este hombre?

Ethel sirvió dos tazas de café y se fue a sentar frente a su esposo. No hablaban mucho desde que Elsita se casó. Los dos preferían ocuparse del negocio y dejar que pasaran los días, esperando aquellos en los que su hija venía a visitarlos. A veces por las noches Roberto dejaba la cama que compartían y se paraba en la ventana del cuarto, mirando en la oscuridad todos los otros negocios cerrados de la calle. Ella lo sentía volverse a meter a la cama y tosía porque se le atoraban en la

¹ Discurso dado por Hugo Chávez Frías, presidente de Venezuela, el 24 de diciembre de 2006.

garganta las palabras que no podía decirle. Perdón, Ethel, no quise despertarte, se excusaba y en unos minutos comenzaba a roncar.

¿No te parece terrible?, preguntó él y dio un sorbo a su café negro. Su expresión era de melancolía por el azúcar que no podía tomar. Ethel, que tampoco tenía ese problema, endulzó el suyo con un par de cucharadas de mascabado.

Ese hombre dice muchas tonterías. Es lo que la gente quiere oír. No deberías preocuparte.

Ella comenzó a comer sus huevos metódicamente; Roberto rellenó su boca con la última parte del sándwich y se acabó el café de un solo trago. Se puso de pie y salió de la cocina lleno de angustia y el principio de una gastritis. No le dijo a su mujer que muchos de los que murieron en el *Ha Shoa* habían dicho exactamente lo mismo que su esposa hace unos instantes. Ethel, a su vez, abortó en silencio la alegría de contarle que pronto Elsie les daría un nieto. Su hija no quería que su padre lo supiera hasta que pasaran los tres primeros meses. Pronto sería abuela: ¿cómo podía pensar en otra cosa, incluido el discurso navideño del presidente?

Ethel se asoma al taller y encuentra a Roberto sentado en una silla, con la quijada apretada y mirando fijamente una de las charolas de tortugas estropeadas, como si esperara que de un momento a otro fuesen a recuperar su forma. Cuando siente la presencia de su mujer, se vuelve a ella y dice:

Creo que deberíamos llamar a la policía. Esto no debe quedarse así.

Roberto se pone de pie y se vuelve a hacer el moño del delantal. Tiene la vena de la sien derecha inflamada como un tenedor, pero su voz es inusualmente tranquila. La rutina juntos le ha enseñado a Ethel que ese tono significa que está hablando en serio. Se siente exhausta. Además de tener que limpiar todo, ahora debe convencer a su marido de que lo prudente es dejar pasar.

¿Por qué mejor no limpiamos y sacamos dinero para reponer el vidrio? No van a poder hacer nada, Roberto.

No. Sabes que no suelo imponerme, pero esta vez, creo que tenemos que hacer algo.

Por un segundo, Ethel siente odiar la cara gris y desgastada del hombre con el que se casó hace casi cuarenta años. Se parece tanto a los pájaros macilentos y oscuros, de plumas caídas, que viajaban con ella en el *Koenigstein*. Ella también era un ave en los huesos, meciéndose con el hambre y las olas. Su mamá leía de un libro de historias de ciencia ficción para que ella olvidara que apenas había comido en varios días.

Caroline, si viviera, diría que lo mejor es dejarlo así. Hay que pasar desapercibidos, le decía muy cerca del oído, apenas moviendo los labios y en voz muy baja. No tiene caso buscarse más problemas. Por ser judíos, su padre, su abuela y el pequeño hermano estaban muertos y ellas dos apenas habían sobrevivido y sólo gracias a Wolf, un amigo de su padre que trabajaba para el partido sin compartir la ideología. Por él y sus influencias, Caroline y Ethel pudieron convertirse en sardinas dentro de un barco con comida y agua insuficientes, rechazado vez tras vez en varios países. Si no fuera porque el entonces presidente López Contreras aceptó que se quedaran allí, el barco habría tenido que ir, como hicieron otros, de vuelta a Alemania para llevar su cargamento humano directamente a su muerte en las cámaras de gas.

Por eso cuando llegaron a este país, su madre se había propuesto enterrar todo vestigio de su judeidad. Ella y la pequeña Ethel eran toda la familia ahora y se mantenían alejadas completamente de la comunidad judía. La niña asistía a la escuela pública, pero por las tardes, doña Caroline la mandaba a clases de catecismo. A los diez años, Ethel hizo su primera comunión, pero aun así se enamoró de un judío. Su madre había tenido la fortuna de morir antes de verla casada, porque Roberto se había negado rotundamente a someterse al rito católico. Un sacerdote le enseñó a Ethel que se puede

pecar de pensamiento, palabra, obra y omisión. Roberto se había omitido a sí mismo.

Ethel regresa al mostrador, desde donde marca con fuerza el número del cuartel. A pesar de todo, ella sabe honrar los votos matrimoniales. Había prometido obedecer a Roberto y ahora él quería que llamara a la policía. Pues bien: estaba hecho.

Dicen que vienen en cuanto puedan.

Me voy a recostar, no me siento bien.

Su esposo sube las escaleras con dificultad y Ethel se muerde los labios secos. No quiere quedarse sola con los pasteles y chocolates llenos de vidrio, con esa horrenda piedra justo allí. Debe esperar y no sabe qué hacer consigo misma mientras tanto. Toma el teléfono y marca el número de Elsitita, pero su hija no contesta. Luego de varios timbres, entra la máquina y Ethel le dice que le llame pronto, que ha pasado algo, pero no es grave, o tal vez sí, que se comunique, quiere hablar con ella. Suspira. No tiene ánimos para retomar su tejido, desenredarlo, empezar de nuevo. Se sienta en la silla de la caja registradora y se muerde las uñas, mientras la vida en la calle sigue como si nada.

Luego de casi tres horas, un hombre de barriga prominente y piernas de mosquito se apea de una patrulla que ciertamente ya ha visto mejores tiempos. Unas botas desgastadas, pero que brillan con la luz del sol, se plantan frente a la entrada. El agente de Policía lleva un pequeño gafete con el nombre de Vladimir Contreras; saluda a Ethel con un ligero movimiento de cabeza y el gesto de quitarse la gorra. Ella asiente con una sonrisa formal. El hombre se toma su tiempo para examinar la escena desde afuera; luego entra a la tienda, camina con las manos cruzadas atrás, dando pasos largos, e inspecciona el vidrerío del piso, el pastel embarrado en la pared y, por supuesto, la piedra. Ethel lo observa desde su lugar y, conteniendo las ganas de llorar, le explica cómo sucedió todo.

No hemos tocado nada, dice Ethel con la certeza que le dan los programas de detectives norteamericanos que ve por las noches, mientras Roberto ronca a su lado. Vladimir Contreras parece no escucharla mientras se asoma por el cristal roto.

¿Entonces usted no vio quién tiró la piedra?

Ethel controla su voz y responde:

No, yo estaba tejiendo atrás del mostrador y no vi nada. Voy a investigar por si alguien vio algo.

El agente se acerca a una charola de las que están junto a la caja, toma varias *Lambertz Pfeffernusse* y sale de la tienda masticándolas como si fueran frituras. Ethel hace una cuenta mental y la suma a las pérdidas que ocasionó el cristalazo. Mira al policía caminar hasta el kiosco, tocar en la florería cerrada, esperar un par de segundos sin resultados, y luego increpar a un estudiante de cabellos morados que mueve la cabeza negativamente.

También Roberto negó con la cabeza cuando Ethel quiso bautizar a Elsita, pero ella se las arregló para llevarla a la iglesia cuando su esposo perdió toda una jornada esperando poder ver a un burócrata que le autorizara el permiso para abrir la pastelería. En la tarde, cansado, pero triunfal, él le mostró un papel sellado oficialmente que le permitía tener un negocio en ese país. Ethel dio unos brinquitos de felicidad y guardó muy bien el papel que probaba que su hija era parte de la grey católica: su aval para no ir al limbo en caso de que muriera.

Nunca se lo dijo a su esposo y jamás se hubiera enterado si no fuese porque veinticinco años más tarde Elsita decidió casarse con un hombre católico. Hasta Roberto sabía que oponerse a la boda sería un esfuerzo fútil, pero ciertamente no estaba preparado para enfrentar una ceremonia católica en toda su extensión. Lo único que se le ocurrió decir es que no podría casarse si no tenía una fe de bautismo, pero Elsita le

mostró un papel ya amarillento por los años, que probaba que ése no sería un obstáculo. Roberto sólo tenía que aceptar y pagar por la fiesta. Sin decir nada más, sufrió estoicamente sentado en una banca durante toda la misa, escuchando a un hombre obeso y soltero, metido en una sotana, dar consejos matrimoniales a su hija y al gentil que se la robó. Luego asistió a la fiesta y bebió hasta emborracharse, como se espera que hagan los padres de las novias en tales ocasiones. Ethel no lo había visto nunca ebrio, ni volvió a verlo después.

Parece que nadie vio nada, Vladimir Contreras le informa a Ethel cuando regresa, quitándose las migajas de la camisa con varios golpes en el pecho. Tiene sucia la comisura de los labios, pero no será Ethel quien se lo diga. Sin testigos no podemos hacer mucho.

El hombre carraspea un poco y pide un vaso de agua. No hay un por favor. Ella se lo trae de la parte de atrás y cuando regresa puede ver que el policía está comiendo algo más. Él se traga lo que trae en la boca con el agua y le entrega el vaso vacío a Ethel, que lo mira en silencio. No hay un gracias tampoco. Contreras toma asiento, saca de su bolsillo una libreta desgastada y un bolígrafo que tiene marcas de dientes en la punta. Cruza las piernas y se dirige a Ethel:

Señora, ¿usted y su esposo tienen enemigos?

No, somos gente pacífica. Nos dedicamos sólo a nuestro negocio...

¿No sabe si alguien tiene alguna razón para perjudicarlos?

Ethel niega con la cabeza sumisamente, pero Roberto viene bajando las escaleras, los ojos rojos y los pocos cabellos fuera de lugar.

Antisemitismo, dice perdiendo un poco el aliento: la palabra rompe algo dentro de Ethel.

El uniformado, que había comenzado a garrapatear en su libreta, se detiene.

¿Anti qué?

Odio a los judíos, señor agente Con-tre-ras, responde Roberto, frunciendo los ojos y acercándose al policía para poder leer el gafete.

Roberto era la tercera generación de Salzmans nacidos en América. Nació y creció como judío, fue a la escuela hebraica, visitó la sinagoga sin temor a que nadie lo matara por ser quien era. Había visto morir a sus padres y abuelos por enfermedad y por los años. ¿Qué sabía él de antisemitismo? Ethel lamentó el día en que se enamoró de esos rizos oscuros. Había vuelto al estanque del que su madre tanto luchó por sacarla, de la mano de un sapo hermoso y *kosher*.

Pero nosotros no somos judíos, brinca Ethel.

Tiene la cara roja e hirviendo. Hace un gesto para que Contreras vea que en esa tienda no hay una *menorah* ni una estrella de David; sólo ella sabe que la kipá de Roberto, que él piensa perdida, está guardada muy adentro de un cajón.

El desaliento de tener una esposa convertida al catolicismo había hecho que Roberto desistiera de atender los servicios en la sinagoga a la que asistió cuando niño, con sus padres. ¿Habría pensado que iba a hacerla volver al buen camino? Tomó tiempo, pero al final, apelando a la paz conyugal, Roberto se había resignado a ser un judío no practicante.

Ethel espera que el policía se fije en el crucifijo que cuelga en la pared detrás del mostrador y en la estampita de la Virgen de Coromoto que tiene pegada en la caja registradora.

¿Su apellido es Salzman? Ahora el agente se dirige a Roberto, que dice que sí en un tono que a Ethel le parece desafiante.

¿Y es de origen judío?

Ethel comienza a meter las *Lambertz Pfeffernusse* que quedan en una bolsa de celofán. La cierra cuidadosamente con un moño satinado y se la ofrece a Vladimir Contreras.

¿Qué puede uno hacer contra el pasado de los padres? Nosotros somos católicos. Como todo mundo que se respete, voy cada domingo al Sagrado Corazón.

El hombre la observa con desconfianza. Ethel se mira a sí misma a través de los ojos del policía: una vieja ridícula que reniega de sus ancestros.

Tome, para su esposa, señor Contreras.

Él se acomoda el cinturón, se apoya en el otro pie y recibe la bolsa como si el pago justo por venir a la tienda fuera una bolsa de galletas de jengibre cubiertas con glaseado.

No les prometo nada. Sin testigos no se puede.

Ethel se para junto a Roberto y toma su mano. La aprieta con fuerza y él se estremece cuando siente las uñas de su mujer enterrándose en su palma. Ya no está en edad de enfrascarse con Ethel en discusiones sin fin. Si alguien les hiciera una foto justo así, en esa posición, podrían usarla para un póster de algún grupo de familias católicas. Abajo rezaría: «Matrimonios unidos en Cristo».

Nosotros entendemos, no se preocupe. No es más que una ventana rota. Gracias por venir de todos modos.

Antes de que Vladimir Contreras se dé la vuelta para salir, cuando todavía puede verla, Ethel suelta la mano de su marido y se persigna con precisión, sin ese gesto apurado de los católicos que tanto se asemeja al movimiento para espar-tarse las telarañas del sueño.

de Yo sé cuando expira la leche.

IMAC Durango: Durango, México, 2011